

Jacksonville, abril 1 de 2018

Creo que si mirásemos siempre al cielo, acabaríamos por tener alas
Gustave Flaubert

Infinitud desde la consciencia

Amazonia es el lugar mágico donde agua, viento y cielo se confabulan para conformar una unidad circular que conecta a sus hijos a un mundo diferente, a una naturaleza otra de la que se alimenta su sangre ancestral. Y ese cielo, masa inaprensible de oxígeno, ente movedizo que deviene en paz, es el recurso poético plástico que nutre la obra de



Alberto Blanco (Caracas, 1962). Un cielo que proviene de su entorno, de sus raíces familiares y que se encuentra en la memoria del artista. De allí sus bóvedas cenitales, la infinitud de un espacio sideral aprehendido desde esa inmaterialidad que vemos... sin palpar. El alma de la naturaleza desplegada con sutileza de azul añil y blancos rotos; paisajes de una realidad celeste, con policromía de selva tropical.

Pero ¿cómo representar masas de aire y cómo llegó a esto? Blanco me confiesa su búsqueda de la paz interior y el conocimiento que de sí mismo, anhela conseguir algún día. Dice no conocerse lo suficiente y por ello trata de plasmar en su obra esa falta, quizás a modo de complemento. Como hombre consciente de sus limitaciones desea acercarse a lo que denomina un *arte consciente*, un arte que no se quede en lo emocional e instintivo, en la categorización. Tiene una interesante teoría sobre su obra en tanto que figurativa



reconocible de un paisaje celeste, podría ser enraizada con su propia espiritualidad, que no religiosidad. Un arte consciente que tiene que ver más con quién lo ejecuta que con las tendencias o movimientos artísticos en los que el artista pudiese ser catalogado por la crítica.

Ya no hablamos de una tradición, una heredad de las ya lejanas vanguardias de principios del siglo XX con la carga de emocionalidad interior implícita en la obra; o de la vuelta a un sentimiento de espiritualidad perdida. Hablamos ahora de la conexión entre ese reducto sutil del ser humano –su alma– y de qué manera es posible para el artista, buscar el

conocimiento interior de sí mismo, a través de su expresión plástica, reflexiva y consciente. Víctor Brossah, escritor y realizador español comenta que *...el arte, la magia y la alquimia representan tres formas sagradas para nombrar la existencia de una misma vía a través de la cual, el ser humano puede unir lo separado, armonizar lo enfrentado y elegir crear su propia realidad desde lo más esencial de sí mismo...* Y esa esencia del ser está en su alma y en su consciencia.

Por ello, su proceso creativo responde a esa búsqueda del ser a través de sus acciones. Y en cierta medida, a sus estudios sobre los lineamientos de Gurdjieff y la Ley de Tres Fuerzas, donde todo fenómeno en cualquier escala es la combinación de tres fuerzas: la afirmativa, la negativa y la neutralizante o de reconciliación. Para Blanco, el número tres representa esa lucha por la búsqueda del equilibrio interior.

Sus paisajes son oníricos pero reconocibles. No existen sino a través de su pincel pero cuando como venezolano, te encuentras frente a uno de sus tondos, tienes la certeza de que eso está en el sur del país, tierra de tepuyes, cascadas que no se secan y selva húmeda y profunda. El artista ha hecho del formato renacentista, una constante en sus obras a gran escala; incómodo desde el punto de vista técnico pero acertado al mostrar esas vistas en contra picado, donde la bóveda celeste queda atrapada en medio de formaciones rocosas milenarias y caídas de agua que se desparraman desde las alturas. Este mismo formato suele emplearlo en trípticos a pequeña escala.

El uso de esferas para reproducir la inmensidad del cielo con sentido de infinitud, es otra escogencia afortunada, en cuanto a recurso expresivo se refiere. Son pequeños *globos atmosféricos*, en los que caben estos microcosmos celestes. *“Pinto cosas que me recuerden mi cometido que es tener paz interior; yo no poseo esa magnitud que ves en la obra, estoy en pos de ella y por eso la plasmo”*



comenta Blanco con voz pausada. Insiste que en esta época, poco importa al lenguaje plástico expresar paz, armonía, amor. Dice que la espiritualidad no está de moda en el campo del arte y por ello su interés en un arte consciente, que desde su perspectiva, lo ayuda a enfocar su cometido de vida que es buscar armonía y serenidad de espíritu.

El mundo plástico de Alberto Blanco está inmerso en el ambiente que lo rodea: cielos montañas y árboles que nutren su cotidianidad caraqueña, bañada de luz de trópico. Pero también de los paisajes que de niño solía visitar por vacaciones, recorriendo la geografía venezolana y de manera particular, el sur del país. Se confiesa autodidacta pero su maestría del oficio y sensibilidad de artista muestran que ese “hacer” consciente de su obra, va encaminado a la búsqueda de un “yo” mas elevado.

Lieska Husband

Imágenes: L. Husband y Alberto Blanco

Vídeo en taller del artista: L. Husband